

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

— COSTA RICA —

AMERICA CENTRAL

Año XI — Domingo 4 de Mayo de 1941 — No. 464



Bellísimo paisaje en la Costa Atlántica



(Cortesía de la Imprenta Lehmann)

El Templo de Salomón

(De los Héroes del Cristianismo).

Los planos del templo que debía consagrar en Jerusalén el culto para siempre indestructible del verdadero Dios ocuparon los últimos días de David. Agobiado por el peso de los años se enderezaba con el pensamiento hacia los cielos y no quería morir sin juntar su gloria a los materiales del monumento sagrado.

Enriquecido con guerras prósperas veía la mano de Dios en todas sus victorias y le consagraba sus trofeos. El oro, la plata, el hierro, las piedras preciosas, las ricas telas eran sus acumulados tesoros. Los mismos haberes le habían ofrecido el diezmo voluntario de los despojos del enemigo para cooperar al magnífico *ex voto* del agradecimiento popular, no reservando nada de ello para usos profanos. *"Señor, decía David, todo os pertenece y nosotros no hacemos más que devolveros aquello que recibimos de vuestras manos. Somos vuestros ojos viajeros como lo fueron nuestros padres; nuestros días son como la sombra en la tierra y no hacemos más que pasar. ¡Benedicid, pues, a nuestros hijos, vos que habéis protegido a nuestros pasados! ¡Conceded a mi hijo Salomón, que habéis elegido, un corazón dócil a vuestros mandamientos, para que el templo que os levante, cuando ya no existiré, sea digno de vuestras miradas."* Avisado por visiones de que su fin estaba cercano, David mandó ungir la frente de Salomón y después se durmió en la paz celestial, 1014 años antes de Jesucristo. Llorado del pueblo fue enterrado en un sepulcro de mármol que hizo fabricar en el monte Sión al lado de su palacio. Su última habitación estaba en frente del cerro Moria, en el que debía levantarse el templo. Quiría descansar delante de la cuna del Nuevo Testamento para aguardar allí la resurrección.

El joven Salomón, apenas puesto en posesión de la herencia paterna fué visitado, en sueños, por el espíritu de Dios una noche

que seguía a cierta fiesta solemne. "Pídemelo que deseas, le dijo el Señor, y te lo otorgaré en memoria de David, que fué mi siervo:" Salomón sólo pidió la sabiduría, y Dios quiso añadir la gloria. Reinó una paz profunda en Israel para que el templo que debía consagrar todas las maravillas de lo pasado pudiese levantarse a la faz de los siglos venideros como el coronamiento de las promesas del cielo.

Aquel templo fué la obra maestra del hijo de David. Llamados fueron a Jerusalén los arquitectos más célebres de Fenicia y Egipto, emporios de las artes, para ejecutar los planes davídicos. Existía entonces en Israel un crecido número de esclavos procedentes de los pueblos vencidos, pues autorizaba la ley de Moisés la servidumbre, templada sin embargo con el buen trato que se dispensaba a los cautivos. De aquellos extranjeros se emplearon setenta mil en el acarreo de los materiales; ochenta mil en labrar las piedras y el mármol; treinta mil en la corta de los cedros del Líbano. Otros operarios acantonados en las orillas de Jordán trabajaban en la fundición de los metales. El monte Moria, vecino de Sión, debía ser la base del edificio. Piedras de setenta pies de altura formaron sus apoyos desde los cimientos hasta el remate. El cedro, el enebro, el pino, árboles tenidos por incorruptibles, eran los únicos empleados en el maderamen. Mientras que el edificio salido de la tierra iba levantándose poco a poco hacia los cielos, toda Israel lo miraba crecer como la flor de su porvenir. Luego de rematado postróse delante de él el genio de las bellas artes.

XXII

Sobre un área cuadrada el templo tenía setecientos cuarenta y seis toesas (antigua medida francesa equivalente 1 metro 949 milímetros) de circuito, y su frontispicio miraba a Oriente como saludando a la luz eterna.

En aquel vasto recinto había tres atrios: el de los extranjeros: el de los judíos y el de los sacerdotes.

El atrio de los extranjeros estaba destinado a los hebreos que, no habiendo todavía cumplido con las purificaciones prevenidas por la ley, no eran admitidos a la comunión de los holocaustos. Se permitía la entrada a las gentes de todas las naciones que visitaban Jerusalén, para que al regresar a su país pudiesen contar algo de las pompas religiosas de la ciudad santa.

El atrio de los judíos, que formaba el recinto exterior, era para las familias de Israel que, habiendo fielmente cumplido todas las prescripciones de la ley de Moisés, participaban de los sacrificios y de las explicaciones de los libros sagrados que los sacerdotes hacían en público. Ese atrio anunciaba ya la grandeza del pueblo elegido; sus paredes estaban cubiertas de láminas de oro y sus puertas guarnecidas de plata; habían también el altar de las ofrendas en el que los levitas debían tener encendido un

fuego perpetuo, lavatorios de cobre para el servicio de los holocaustos, un trono para el rey y una tribuna para los músicos que acompañaban el canto de los salmos de David.

El atrio de los sacerdotes, cerrado con puertas de cedro adornadas con láminas de oro puro, y embutidas de esculturas de primer exquisito, estaba entablado de madera preciosa, guarnecida de hojas de oro bruñido. Sobre su artesonado extendíanse adornos del mismo metal; palmas entrelazadas, flores de todo género, cabezas de querubines cinceladas con arte maravilloso, parecían entremezclar las gracias de la tierra con las esperanzas del cielo. Este recinto exclusivamente reservado a los miembros de la tribu sacerdotal contenía el altar de los perfumes, el candelabro de oro de siete brazos, la mesa de los panes sagrados, y el inmenso receptáculo de bronce sobre doce bueyes que recibía las aguas de una fuente, cuyos sobrantes, por conductos subterráneos, iban a perderse en el torrente de Cedrón.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

En fin, en el centro del edificio se levantaba un tabernáculo de cedro dorado, jaspeado de piedras preciosas engarzadas en oro finísimo. Este era el santuario por excelencia, el Santo de los Santos, separado del templo por un velo de setenta y cinco pies de altura, que sólo el pontífice podía levantar para consultar el espíritu de Dios, cuando los intereses del pueblo reclamaban la intervención de la Providencia. En el fondo del santuario estaba el arca de alianza, o sea el tabernáculo portátil que Moisés había construido en el desierto, y las tablas de la ley que aquel libertador de Israel trajo del Sinaí.

Había en el recinto exterior del templo cuatro puertas situadas en los cuatro puntos cardinales, que daban entrada al edificio. La puerta de Oriente, llamada también Puerta Real, superaba las demás en grandor y magnificencia; necesitábanse veinte hombres para hacerla girar sobre sus goz-

nes. En fin, las partes superiores del edificio tenían extensas galerías en las que estaban distribuidas las habitaciones para los sacerdotes de servicio, que no podían apartarse del lugar santo mientras duraban sus funciones.

Esa masa imponente recordaba por su arquitectura los monumentos más grandiosos de Egipto, pero aventajábase en esplendidez. El genio que había presidido a su ornato no conocía igual en ningún punto del globo, ni por la delicadeza de los pormenores, ni por la perfección de los relieves, ni por la riqueza incalculable de los materiales que con profusión se habían empleado. Terminóse no obstante aquella obra en siete años, con la cooperación de más de doscientos mil brazos. Celebróse la dedicación con una pompa digna del monumento, y el Dios único tuvo entre los hombres una morada cuya majestad no debía ser superada en ningún siglo.

Consecuencias del divorcio

De una conferencia del Padre Laburú.

Por eso da la historia que el divorcio ciega las fuentes de la vida; es el esterilizador de la vida.

Es una ley, intuitiva en todas las estadísticas de las naciones, la influencia del divorcio en la disminución de la natalidad.

Decrece la natalidad donde crece el divorcio.

No es teoría, señores, es educación intuitiva de las cifras de las estadísticas. No son meras coincidencias, sino relaciones causales.

Hoy no se puede decir, con Bertillón, que es cierto que disminuye la natalidad en los países divorcistas, pero que por qué no se ha de acusar al telégrafo y al ferrocarril, y no al divorcio, de ser las causas de ese descenso. Eso pudo decirse en 1883; aquel sarcasmo de Bertillón hoy queda en ridículo ante la ciencia.

Relación causal, señores, entre divorcio y

descenso de natalidad. No es de ahora. Ya en Roma fué un hecho: con el número asombroso de divorcios que invadió el Imperio, descendió de tal modo la natalidad, que se tuvieron que tomar medidas legales para evitarlos, como escribe Tertuliano

Y ante lo inestable de la unión conyugal en el divorcio, se comprende bien la psicología de los divorcistas en querer desprenderse de cargas perpetuas como son los hijos.

Cargas que son trabas, sobre todo en la mujer, para pretender nuevas uniones, que siempre le serán más fáciles de no ir con el lastre de sus hijos. ¿Cómo mirará el nuevo marido a los hijos que le trae su nueva mujer?

Además, la maternidad, así como da el sello de nobleza, disminuye los atractivos de la pura sexualidad, que requiere la divorcista para sus planes.

Comprensible es que ante la posibilidad del divorcio, y más en el hecho realizado, se suprima la descendencia o se la abandone no sólo moral, sino aún realmente.

Y esto es lo que da la historia, señores.

El divorcio, en veinte años, según datos de Ischbel Ross, (en Estadística de New York Tribune) dejó sin padres en Estados Unidos a millón y medio de niños.

Y, señores, la solución que se ha dado a este pavoroso problema, es de una tragedia que espanta.

Me refiero a la socialización de la familia y del niño.

No sólo el divorcio, amor libre; y el fruto de estas uniones, si existiese, pasa al Estado, en cuyo poder, no en el de los padres, queda.

Así queda sin cargas individuales la paternidad.

Algo así, señores, como una granja incubadora.

A la mujer, si llega a ser madre, se le arrancan los hijos, que como los pollitos de las granjas, pasan a la colectividad, que socializa su crianza.

¡Qué palabras tan necias, para pervertir engañando, traidoramente, a infelices masas de proletarios!

La historia dá, señores, que en 1923, según datos de Krups-Kaia, la viuda de Lenin, en el órgano oficial bolchevique, PRAVDA, (Nº 51) en Rusia había siete millones de niños abandonados, por no poder ser atendidos en los establecimientos

dedicados a la socialización del niño ruso. Y, señores, de siete millones, llegaron a pasar de los ocho millones al finalizar ese mismo año de 1923.

Y el 26 de febrero de 1928, en Ivestia, el diario ruso, escribía Lunatcharsky, comisario de Instrucción Pública, que los niños rusos abandonados pasaban de nueve millones.

Y el profesor bolchevique Lublinsky ha llegado a calcular en 20 millones el número de niños abandonados en Rusia.

¡Abandonados, señores, viviendo del pillaje, del robo, del prostituirse, muriéndoles a millares! en los seis primeros meses de 1926, fueron presos en los seis departamentos de la Rusia Central 29,000 menores criminales, y en la segunda mitad de ese mismo año llegaron a 67.000 los menores detenidos por criminales en esos mismos departamentos. (Datos del Preósito del Comisariado de protección de la Salud Pública, Sémachto).

¡Qué contraste! ¡El matrimonio instituido por Dios para el bien de la prole, con su nacimiento digno y su educación integral, y el divorcio demoliendo estos fines primarios del matrimonio!

Niños sin hogar, semillero de niños criminales

El 80 por 100 de los niños criminales en California son hijos de padres divorciados.

“Una de las causas fundamentales del

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.
Agustín Castro & Cía.

crimen es el divorcio", dijo textualmente el ex-prefecto de Policía de New York Doctor Carleton Simon en el discurso que pronunció el 14 de octubre de 1931, en el Estado de Florida, en la reunión anual de la "Asociación Internacional de jefes de policía".

Crímenes en los niños de padres divorciados, y crímenes en los mismos divorciados.

Por cada millón de mujeres, hay estadística de 365 suicidios; de ellos, 324 son de mujeres suicidas divorciadas, 61 de suicidas casadas.

Por cada millón de hombres, hay estadística de 2,972 suicidios; de ellos, 586 suicidas casados, y 2,386 de hombres suicidas divorciados.

¡Señores, no se viola impunemente el plan de Dios en el Matrimonio!

Se ha implantado el divorcio, y no hay reposo, ni tranquilidad moral, ni se conoce el espíritu de sacrificio; sólo se aspira a satisfacer inmediatamente las pasiones, se huye el contrariarlas. Espíritus de puro goce sensual, ¿qué extraño que al tropezar con las asperezas de las realidades de la vida, las huyan con el refugio en el alcohol, en

la morfina, en el tóxico y aún en el mismo suicidio?

¿Arrasar la familia, raer todo pudor y delicadeza de instinto materno en la mujer, reducir la paternidad al acto fisiológico generador, no pueden dar otro fruto, señores!

¿Os extrañaría, señores, encontrarlos con un cuerpo muerto podrido, de hedionda fetidez, si se le hubiese triturado el cerebro y apuñalado el corazón?

Con que no puede el hombre hacer que viva el cuerpo humano mutilado en sus vísceras vitales, corazón y cerebro, y ¿podrá hacer que viva la sociedad a la que se le han arrancado de cuajo los instintos fundamentales en el hombre, y se le ha dislocado del plan impuesto por Dios?

Consejo Util

La alimentación exclusivamente vegetariana puede provocar, en ocasiones, **excesiva acidez gástrica**. Por eso las curas vegetarianas no deben prolongarse mucho tiempo, salvo prescripción médica que las aconsejen.

Doña María Rodríguez vda. de Alfaro

Profundamente sentido en San Antonio de Belén, el fallecimiento de la virtuosa señora doña María Rodríguez Vda. de Alfaro, persona queridísima por su gran caridad. Sumamenté piadosa, jamás dejó de practicar los Primeros Viernes y pudo gozar del cumplimiento de la Promesa del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque; que, quien hiciera los nueve primeros viernes de mes seguidos, es decir recibiera la Santa Comunión en esos viernes, moriría confortado con los Santos Sacramentos y con el grandísimo consuelo de recibir en esa suprema hora de nuestra vida a Jesús Sacramentado.

En su cristiano hogar sus apreciables hijos vivieron cumpliendo con todos los deberes que obliga nuestra Santa Religión. una madre cristiana y buena es el mejor guía de los hijos para que no se aparten de sus deberes para con Dios. Bella corona en el cielo debe haber recibido doña María y desde allá caerán sobre sus afligidos hijos sus bendiciones de madre cariñosa.

Nuestro más sentido pésame a sus apreciables hijos y demás miembros de la familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña María.

NOVELA

—¡Ah, ya! Carmela Martínez — dijo con apretada indiferencia el doctor, pero encendiéndose hasta las orejas.— Es una muchacha hija de un señor muy rico. El padre es de aquí, pero vienen solamente a veranear. Es lo único que hay en Villarcózar que valga la pena, porque está también Rosa Palomar, pero dicen...

—¿Dicen...? — animó la señora.

—¿Usted ha oído hablar de Julio Armengod; el pintor?

—¿El que expuso últimamente en Valencia? Sí. Visité su exposición.

—Julio Armengod es de Villarcózar. Y se murmura que su madre y la familia de Rosa Palomar trabajan por concertar el casamiento de los muchachos. Desde el punto de vista de intereses les convendría a los dos.

—¿Por qué?

—Porque la fábrica de Armengod es también de la familia Palomar. La madre del pintor dicen que vió el negocio camino de la ruina y le propuso a Palomar asociarse. Era lo que hacía falta: una cabeza. Y gracias a Palomar se han defendido. Ahora lo ideal sería no desmembrar la razón social ni el capital.

—Si lo interesados se hallan de acuerdo...

—Eso, no sé. El pintor no ha venido a Villarcózar Dios sabe los años. Y ella... Bueno, ella creo que entrará en el proyecto de mil amores. No es guapa, ni tiene gran tipo, pero es bastante agradable y educada. Naturalmente, no encuentra en el pueblo pretendiente de su gusto y todo el mundo cree que el pintor le parecerá de perlas.

—¿A usted quizá no le disgusta esa señorita? — insinuó la señora.

—A mí, por el momento me gustan todas. Me considero demasiado joven para pensar en casarme — evadió el doctor.

—Diviértase entonces. Ahora es su tiempo— concedió Clara Hernández.

Parecía una despedida. Trías lo comprendió así y se inclinó; pero la mujer le detuvo de nuevo con una pregunta trivial.

—¿Nada más hay dos chicas que merezcan la pena en el pueblo?

—Chicas mayores, nada más esas dos. De las que concurren a nuestras reuniones, digo. Hay además una niña muy interesante que vive en Santa Cruz, aquella heredad que aparece encima de aquel cerro fronterizo, mirando al río; pero es todavía una chicuela —una chicueia muy bonita, eso sí— y no se preocupa de otra cosa que de los deportes. Tira admirablemente, monta, rema, nada... No se trata con nadie del pueblo. Yo la conozco por razón de mi oficio.

—¿Suele estar enferma? — preguntó la dama con una ligera nota de ansiedad en su voz.

—¿Ella...? Es la criatura más sana, más robusta y más bien constituida que pueda usted imaginarse. No. La que está enferma es su abuela: padece una hemiplejía.

—¿Su abuela? ¿Vive esa niña con su abuela?

—Sí. No tiene madre. Y su padre es un hombre de negocios que anda siempre viajando. Es una chiquilla simpatiquísima. Un poquillo primitiva, ¿comprende?, pero encantadora.

—¡Hombre! ¿Y qué hace usted que no se aprovecha de la intimidad que le depara la suerte de su profesión?

—¿Bromea usted? Para pasar el rato, ni pensarlo: es una muchachita muy formal y muy inocente, y sería una canallada hacérselo creer, eso sin contar con que no es de las que se prestan al *flirt*. ¡Ah, no, de ninguna manera! Y pensar en otra cosa, sería una audacia.

—¿Por qué?

—Porque es de otra clase y de otro mundo, muy distante del mío —confesó modestamente Trías. — Yo no soy más que un médico sin gran porvenir y ella es una heredera. Probablemente el mejor día vendrá su padre y se la llevará a vivir con él al extranjero. Eso piensa la abuela.

Clara Hernández parecía no prestar mayor atención a la charla del médico. Tenía los ojos puestos en la gran mole blanca de un casalicó

que se alzaba arrogante sobre la cima de un montículo, a la otra parte del río, casi enfrente del balneario. La distancia hacía aparecer el edificio algo confuso; pero, así y todo, entre la masa del arbolado que lo cercaba, podían apreciarse sus altísimas ventanas protegidas por fuertes rejas voladas y la cristalería de un amplio mirador ocupando la esquina.

Por segunda vez, Trías, intentó iniciar la despedida y por segunda vez, Clara Hernández, le cortó con una pregunta.

—Cómo se llama esa personita, doctor?

—Marisol Herrero.

La mano de la mujer agarró un puñado de hojas secas y sus dedos cuidadosamente pulidos, de uñas pintadas, se crisparon nerviosos sobre las punzantes agujetas. Trías, observó el pormenor; pero no supo a qué atribuir aquel nerviosismo tan parecido a la emoción. Para disimularla quizá, hizo una pregunta trivial aquella forastera.

—Bueno, ¿y dónde es la reunión esta tarde? ¿Por qué no bailan ustedes algún día en el balneario?

—Más adelante, cuando haya más bañistas. Vendrán una muchachas de Alicante que son extraordinariamente divertidas y entonces verá usted qué juergas se arman. Pero por ahora caemos como una plaga en casa de Rosario Ferrer que es la única capaz de aguantarnos.

Los dientes de Clara Hernández se apretaron para silbar con una especie de rabia que asombró al doctor.

—Rosario Ferrer...

—¿La conoce usted? — preguntó Trías, asombrado.

Sin responder a la pregunta, la señora advirtió sombríamente:

—Si estima usted en algo su tranquilidad y su buen nombre no frecuente la amistad de Rosario Ferrer.

—¡Es extraño! — murmuró con sinceridad el médico. — Mi madre acaba de darme hace un rato el mismo consejo.

—Celebro que hayamos coincidido. Su señora madre demuestra con eso que conoce muy bien el paño. Esa mujer es una víbora. Una mala lengua. Y no es la primera vez que las gentes honradas la señalan como un peligro a

los inexpertos. Dé usted gracias a Dios por haber tenido la suerte de que alguien le haya avisado y aproveche el aviso. Si hace algunos años alguna buena alma hubiera hecho igual con una cierta persona, hoy no habría un matrimonio descabalado por el mundo...

—¿Qué quiere usted decir, señora?

—Permítame que no me explique más. Es una historia de la que nadie se acuerda: un hombre enamorado, una mujer pura y sincera —casi una niña— Rosario Ferrer que se introduce fingiendo una amistad que no es sino un lazo, una calumnia que destruye un hogar, un hombre que arroja a la calle a su mujer, una criatura que se queda sin madre y una esposa inocente que arrastra por el mundo la afrenta y el dolor de un estigma de deshonra que no ha merecido. Rosario Ferrer: recuerde su nombre.

Hubo una pausa tan violenta y difícil que el doctor no supo romperla. La dama había perdido toda su ecuanimidad de mujer de mundo; pero gracias a un poderoso esfuerzo tornó a recobrarla y como viese al joven desconcertado, sonrióle cordialmente al decirle:

—Doctor Trías, va usted a llegar tarde a su reunión.

—Sí... — murmuró, recobrándose.

—Que se divierta mucho. Márchese y no olvide el consejo de su madre.

—No lo olvidaré. A los pies de usted, señora.

Como un hipnotizado, dió media vuelta y ofreció a Clara Hernández el espectáculo de sus atléticas, aunque en apariencia finas espaldas y el dorso bien cortado de su traje. Ella le vió, con los ojos entornados, cómo subía al coche y empuñaba el volante y cómo Pericles se incorporaba para desperezarse, abriendo sus cuadradas mandíbulas en un descomunal bostezo. Después, el cochecillo se desvaneció entre el polvillo dorado del sol que lo envolvía; y la mujer, con un suspiro, volvió a posar sus ojos —ahora llenos de una amargura recóndita— sobre las páginas de la revista inglesa con que la vimos leyendo.

—o—

—¡Bendito sea el Señor! ¿Pero es usted, señora Francisca? — preguntó, asombrándose, la portera del Establecimiento de Aguas.

Había para asombrarse, porque la consejera de la fábrica de cerámica propiedad de la razón social Romero, Armengod y Compañía, era algo así como el Santo Viático, que sólo salía al año en contadas y memorables ocasiones. Gorda, grasa, ampulosísima y pimpante, la cincuentona esposa del conserje llegaba con gestionada y sudorosa por el sofocante calor de un día de junio, de esos fuertes que presagian la canícula. Traía un cestillo al brazo y se defendía del sol con una ridícula sombrilla japonesa cuyo exiguo tamaño resultaba grotesco comparado con la mole humana que debía proteger con su sombra.

La Faustina, joven, vivaracha, curiosa y habladora, aunque en el fondo excelente persona, la acogió con una alegría exuberante. Dejó en el canasto de la costura los pantalones de su chico a los que estaba poniendo una culera, y se quedó mirándola expectante. Resopló la conserja como una foca, se limpió el sudor, cerró la sombrilla...

—Yo soy, hija — habló por fin.

—Pero mujer, ¿a qué se le ha ocurrido a usted salir de la fábrica con esta basca? ¡Si abraza el sol! ¡Y eso que está poniéndose ya...! Voy a darle una gaseosa con agua de la cisterna, que, ¡está más fresca! ¿O si entima usted más un vasito del manantial?

—No lo mande Dios. Esa agua del manantial echa gusto a huevos podridos. Buen provecho les haga a los tontos que se la beben. No, no te levantes. No quiero nada. Una que estoy sudando y me da miedo tomar agua fría, y otra que con este calor cuanto más bebes, más sudas, hija.

—Como quiera usted; pero me sabe mal.

—No pases pena.

—Pues usted se engaña.

—Venía a ver si me podías sacar de un apuro.

—Usted dira.

—¿Tienes huevos?

—Pocos, seña Francisca. Me se han despedido las gallinas. Toa la primavera han estado poniendo hasta por castigo. Como que he llegado a venderlos a seis reales al recovero por no atreverme a guardar tanta cantidad; pero ahora, hará cosa de unos veinte días, al director se le

ocurrió hacer unas reformas en el balneario y me se metieron los albañiles en el corralito. Tuve que coger las gallinas y más de treinta pollos de siete semanas que acababa de comprar y encerrarlos en el "porchi". Los pollos me se llenaron de piojo y las gallinas me se han despuesto, como ya le he dicho. Ya usted ve, los pobres animalitos acostumbrados al sol y a la anchura del corral. Y si son los pollicos... pues ya sabe usted que al pollo le quita el escarbar y el correr y es matarlo.

—Claro. Pero, ¿ni un par de docenas podrías alargarme?

—No sé; voy a verlo.

—o—

—Dieciocho: aquí los tiene usted. Y me quedo sin ninguno por servirla.

—Mujer, pues sí que te lo agradezco. ¿Los quieres pagaos o devueltos?

Si me los puede usted devolver, mejor devueltos.

—Pues mañana bajará mi Joaquinete al pueblo y verá de comprar los que encuentre.

—Oiga usted: que no vaya a casa de la Evarista, que esa los guarda en la sal cuando van baratos y los saca para venderlos cuando van caros. Al cocinero de aquí, del Establecimiento, le salieron una vez, de ella, más de quince corrompíos.

—Pues hija, eso es no tener conciencia. ¡Qué poca vergüenza!

—¡Digo! ¿Pues y la Rosario Perelló, que una vez vendió los de una "llueca" y al que fueron a freirlos salieron pollados?

—Pero, ¡qué asco! ¡Cochinas!

—No crea usted que se pueden comprar huevos en el pueblo. La gente se ha vuelto muy comercianta y lo que quieren son perras, sea como sea. Pues, ¿y el descaro de pedir cuatro pesetas de una docena de huevos en Villarcózar? Como que el cocinero de aquí, hartado de ver que lo robaban con toda la cara dura, se ha contratado con una granja de Valencia y se los mandan en camión todos los lunes.

—Sí, eso ya es viejo. En el pueblo, los pobres señores que vienen a veranear pagan el pato. Si valen cinco, se les pide diez. Y eso no es razón, porque yo creo que las cosas tienen

su precio y en estar bien pagadas no hay derecho a más.

—Pues mire usted, hay quien no lo comprende eso. La Giganta se lamentaba el otro día de que el Establecimiento de Aguas no da a ganar un cuarto ni a los comerciantes ni a la gente de Villarcózar. Y no sé cómo han de darlo. El director, cuando esto empezó, lo compraba todo en el pueblo. Hasta que se dió cuenta de que lo estaban escaldando. Un pollito tomatero, que ahora les cuesta cuatro petetas en la granja del Camino de Jesús, se lo cobraban a dos duros. Conejo de tres meses que bien pagados valen catorce reales, un duro, o que no fuera más. Y quien dice eso, dice el azúcar a nueve reales el kilo, cuando comprado en grueso en Valencia les sale a siete menos chavo; y los botes de tomate a dos reales, cuando comprados en la fábrica los tienen por seis perras.... Y todo por el estilo.

—Pues ellos han perdido.

—Natural. ¿Usted comprende que comprando las cosas a ese precio se podía poner la pensión en el balneario a un precio razonable? La gente tampoco está pera pagar el gusto y la gana con la crisis que reina. Y si la pensión no fuera como es, el establecimiento hubiera acabado por quedarse en limpio. ¿Que ya se va usted... Para una vez al año que viene nos hace la visita del médico. ¿Qué prisa tiene?

—Que, ¿qué prisa tengo? Casi nada, hija. ¿Es que no lo sabes?

—¿El qué?

—¿No sentiste esta siesta la bocina del coche llamando. En lo mejor del sueño me cogieron. Con eso de que es sábado y la gente hace semana inglesa, mi Juan se echó a dormir después de cerrar bien todas las verjas y cuando llegaron los amos se encontraron sin poder entrar.

—¿Los amos...? Vamos, querrá usted decir el señor Palomar...

—El señor Palomar no es el amo. No es más que un socio que tiene una parte en el negocio. Cuando yo digo "los amos", quiero decir doña Carmen y su hijo.

—¡Bueno! ¿Pero de verdad han venido la viuda y su hijo?

—Sí, mujer, han venido. ¿Es que no era ho-

ra de que vinieran y echaran una mirada a esos intereses que tienen casi abandonados, sin acordarse que esa fábrica fué precisamente la que hizo ricos a sus abuelos? No sé qué santo les habrá encaminado para acá; pero el caso es que están aquí.

—¡Y usted tan contenta!

—A mí me riegan. Yo le digo siempre a doña Carmen que no debió irse nunca, ni dejar que el señorito perdiera el calor de su tierra. Si no se lo hubiera llevado fuera, el muchacho conservaría el cariño a la fábrica y no se hubiera dedicado a otras cosas... Así... No sé qué decirte, chica, pero a mí se me antoja que viene a la fuerza. Y eso que total es para tres meses.

—A los mejor es que se ha dejado algo en otro sitio.

—Puede. ¡Y está más templado! Ya lo verás. Tan alto, tan elegante, con ese pelo rizado y esos ojos tan grandes...

—Siempre fué guapo el chico —aún lo recuerdo— solía venir a pescar a la ribera del río y luego entraba a pedirme manzanas. Ya sabe usted que en el huerto del balneario hay unos manzanos de esos "del batre", que hacen una piezas así de grandes. Y nunca fué orgulloso, pobrecillo...

—Pues ahí le tienes. Ya te lo verás entrar cualquier rato.

—No, que antes iré yo a ver a doña Carmen, que estoy muy agradecida de lo que hizo cuando la operación de mi madre; que por ella estuvo muy bien atendida en el hospital y se tomaron los médicos el interés que se tomaron. Por ella y por doña Pepita Armengod.

—Mujer, ahora que la nombras; ya no me acordaba de decírtelo. También ha venido con la señora esa doña Pepita. De cada día más joven y más templada. Y sin quererse casar.

—Hace bien. Fuera de aguantar ancas de nadie. ¿Quién como ella, con su carrera y lo que no se dice, porque lo que tiene acá, en Villarcózar, no bajará de quince mil duros, y bien considerada, y bien mirada de todo el mundo?

Continuará.

Roma.—El Santo Padre León XIII

Del Diario de Elisabeth Leseur.

23, julio, 1903.

Necesito volver un poco hacia atrás, repasar todos los recuerdos benditos y recapacitar bien todas las profundas impresiones de estos últimos meses, la continua y viva acción de Dios en mí durante estos últimos años, coronada por el natural y al mismo tiempo maravilloso desenlace que El mismo ha sabido guiar y conducir. Aquellas inolvidables horas del mes de marzo pasadas en la capilla actualmente cerrada, luego en San Agustín, en unión completa con Dios; la solemne sensación de una nueva existencia que comenzaba para mí: aquel bautizo tan conmovedor, preparado asimismo por Dios y al cual están ligados todos esos íntimos recuerdos; luego el viaje a Roma que parecía dispuesto por Dios como coronación de su obra, y allí aquellas dos mañanas cuyo recuerdo jamás se borrará de mi memoria.

La primera el domingo 19 de abril, cuando recibí las invitaciones para asistir a una audiencia del Padre Santo en el momento que iba a salir para oír misa. Luego después de la misa la salida de Juana B... hacia el Vaticano, la llegada al patio San Dámaso, nuestra entrada en la sala del Consistorio. Llevábamos esperando una hora, sentadas en segunda fila, frente al trono papal, en medio de una concurrencia muy recogida y muy emocionada, cuando, saludado y aclamado, apareció el Papa, llevado en una silla de manos que sostenían unos hombres vestidos de terciopelo encarnado; subió las gradas del trono, se sentó, y pude contemplar largo rato aquella fisonomía flaca, diáfana, admirable de inteligencia y de bondad, con unos ojos como ningunos, vivos, revelando un mundo de pensamientos y una voluntad profunda. Toda su alma vive en aquellos ojos. Nos habló durante unos momentos, diciéndonos cuánto amaba a Francia, que esta gran na-

ción no debía descuidar las tradiciones que habían constituido su fuerza y su belleza, y terminó dándonos la bendición apostólica, a nosotros y a nuestras familias. Muy emocionada, me incliné ante aquel venerable anciano, ante aquel Padre, depositario de la Palabra Eterna, y presenté interiormente, a su bendición a todos los seres queridos vivos y difuntos, y asimismo la nueva vida que se abría delante de mí; luego desfilamos ante él, y pude besar aquella gran mano blanca que sólo se levanta para bendecir... Después de un último adiós, el Santo Padre subió de nuevo en su silla de mano, y desapareció entre las aclamaciones de todos los circunstantes; en el momento en que la silla daba la vuelta, se inclinó hacia nosotros, y muy emocionado, nos saludaba muy afectuosamente con la mano; contemplé por última vez aquel rostro incomparable y desde lo íntimo de mi corazón le dije mi postrer adiós, presintiendo claramente que no lo volvería a ver. No me equivocaba, puesto que el lunes último, 20 de julio, después de una prolongada agonía, murió el Papa León XIII, apagándose en la tierra esa incomparable luz, mejor dicho, yendo a brillar más allá de nuestras tinieblas, en los esplendores de la única y eterna claridad.

Luego el segundo imperecedero recuerdo, es el de la mañana del miércoles siguiente, día 22 de abril, que pasé a la Basílica de San Pedro. Fuí allí sola, y, después de haberme confesado con un sacerdote que hablaba francés, fuí a comulgar en la Capilla del Santísimo Sacramento. ¡Qué momentos aquellos tan plenamente, tan sobrenaturalmente dichosos! Sentí al Divino Jesús, al mismo Dios, realmente presente, que vivía en mí y me aportaba un amor inefable; su alma bendita hablaba a la mía anegándola en la infinita ternura de su amoroso Corazón. ¡Jamás se borrará en mí esta divina

huella! El Cristo triunfante el Verbo Eterno. Aquel que, hecho hombre, amó y sufrió; el Dios Uno y Vivo, en aquel inolvidable instante tomó posesión de mi alma por toda la eternidad; sentíme renovada por El hasta lo más profundo de mi sér, preparada para emprender la nueva vida, para cumplir con todos los deberes y llevar a cabo la obra dispuesta por su Providencia. Me entregué a El sin reserva abandonándole por completo mi porvenir.

Luego fui a otra capilla en la que oí misa en medio de una paz y de un gozo profundos; estuve un rato rezando, y después, arrodillada junto a la Confesión, terminé con una postrera, íntima y solemne consagración.

A mi regreso, me encontré inmediatamente en plena atmósfera de ironía, de crítica y de indiferencia, pero poco me importaba ya; ardía todavía en mí la llama que encendiera Cristo Jesús!

¡Cuántos recuerdos de aquellos benditos días se acumulan en mi imaginación! La visita a San-Pablo-Tres-Fuentes que hicimos el día de nuestra llegada; la tranquilidad y la poesía de aquel lugar en el que hubiese querido detenerme para rogar tranquilamente. Al día siguiente, domingo de Ramos, la primera visita a San Pedro, durante la Misa Mayor, y un momento de soledad, de recogimiento, de gozo espiritual; el encanto exterior de tantas palmas amarillas y verdes. Toda la Semana Santa; el viernes, al terminar el día a San Pedro; el día de Pascua, a San Juan de Letrán y por la mañana a San Pedro, después de haber oído misa con mucho recogimiento en la Trinidad de los Montes; luego la visita a las Catacumbas, a las iglesias de toda la Roma cristiana, así como también la tan interesante, aunque en distinto sentido, de la Roma antigua. Por fin el regreso, trayendo la memoria y el amor de esta Ciudad, única entre las ciudades, en la que cada trozo de tierra contiene un recuerdo, en que las piedras tienen un alma; Ciudad que tiene la

verdadera realeza, en primer lugar, por la fuerza, y luego por el amor; dominadora, y sin embargo vencida por aquel extraño Dominador cuya voz pronunció estas palabras: "Amaos los unos a los otros". Tan poderoso dominador que hace veinte siglos se hizo adorar, se le adora y se le adorará todavía cuando innumerables siglos hayan transcurrido sobre la humanidad.

Desde que llegamos muchas pruebas se han cebado sobre mí, como si Dios hubiese querido terminar la purificación por el sufrimiento: enfermedad de Mauricio, angustias a causa de la salud de Julieta (su segunda hermana enferma ya de la dolencia que debía causarle la muerte en abril de 1905 y que tantas inquietudes le ocasionaba: nota del editor francés) y de otros; fatigas y sufrimientos físicos; luego el sentimiento más agudo y doloroso que nunca, de la completa separación de alma con mi querido Félix y con muchos de los que me rodean. ¡Cuán doloroso es sentir todo lo que amamos, todo lo que da vida, desconocido o atacado por prejuicios y odios, o bien ver reinar la más completa indiferencia hacia las cosas más grandes de la vida y del alma! Dios, al imponerme esta prueba, me impone constantes esfuerzos, íntimos y muy profundos sufrimientos, los mejores, puesto que sólo El los conoce, y una especie de concentración en mí misma, hacia ese fondo del alma donde El vive. ¡Si tantos seres queridos como me rodean, si, sobre todo, el más querido y amado, supieran la profundidad de mi ternura y la alegría que yo experimentara pudiéndoles abrir del todo mi alma!

Por de pronto no sabrían comprenderla. ¡De nuevo te lo pido, Señor, ven a él, a ellos; y vivan, que vivan de la vida interior, profunda, y asimismo de una vida exterior toda cristiana y renovada! La cosecha es abundante; sean ellos, Dios mío, los bendecidos por Tí; sea su vida y la mía una obra de belleza, de amor, y haz que juntos trabajemos al advenimiento en el mundo y en las almas.

Catecismo de Perseverancia del Cardenal Gasparri

De los pecados actuales o personales

P. 223.—¿Cómo se divide el pecado?

R.—El pecado se divide en original y actual o personal.

P. 224.—¿Qué es el pecado actual?

R.—Pecado actual es la transgresión de la ley de Dios hecha con deliberación y libremente.

P. 225.—¿De cuántas maneras se puede cometer el pecado actual?

R.—El pecado actual se puede cometer, por pensamiento, palabra, obra y omisión, contra Dios, contra nosotros mismos o contra el prójimo, según que la ley quebrantada mire directamente a Dios, o a nosotros mismos, o al prójimo.

P. 226.—¿Cómo se divide el pecado actual?

R.—El pecado actual se divide en mortal y venial.

P. 227.—¿Qué es pecado mortal?

R.—Pecado mortal es la transgresión de la ley hecha deliberada y libremente, con conciencia de obligación grave.

P. 228.—¿Por qué el tal pecado se llama mortal?

R.—El pecado mortal se llama así, porque, apartando al alma de su último fin, la priva de la vida sobrenatural, que es la gracia santificante, la hace merecedora de la muerte eterna, suspende todos los méritos

adquiridos, de tal modo que ya no aprovechan para la salvación si no reviven, al recuperar la gracia, e impide las otras obras meritorias de vida eterna.

P. 229.—¿Qué es pecado venial?

R.—Pecado venial es la transgresión de la ley de Dios hecha deliberada y libremente, con conciencia de obligación leve.

P. 230.—¿Por qué dicho pecado se llama venial?

R.—Este pecado se llama venial, porque, como no aparta el alma de su último fin, ni le causa la muerte sobrenatural, puede obtenerse más fácilmente su perdón, aún sin la confesión sacramental, y porque es una enfermedad del alma que más fácilmente por su naturaleza se puede curar.

P. 231.—¿Cuáles son los principales efectos del pecado venial?

R.—Los principales efectos del pecado venial son tres: disminuye el fervor de la caridad, dispone al alma para el pecado mortal, y hace al hombre reo de pena temporal, que se ha de satisfacer en este o en el otro mundo.

P. 232.—Además del pecado, ¿debemos huir también de las ocasiones de pecar?

R.—Además del pecado, debemos huir también de las ocasiones próximas en las cuales el hombre se expone a peligro grave de pecar.

Testimonios de hombres célebres

"EL que ataca a las creencias no ama a su patria, porque el ateísmo es la ruina del Estado".

Platón.

"Un pueblo ateo sería una horda de bandidos".

Voltaire.

"La instrucción popular debería ser religiosa, es decir, cristiana, por ser la única capaz de proporcionar la educación moral integral".

Víctor Cousin.

"La democracia debe ser cristiana o perecerá".

Lacordaire.

"El que quiera mejorar las condiciones exteriores, tiene que comenzar elevando el interior del hombre".

Keyserling.

"La enseñanza religiosa debe ser la causa sagrada de la Patria".

Montalambert.

"La restauración de la enseñanza religiosa en todas las escuelas de la República es la mejor manera de dignificar a la Santa Iglesia, aumentar su eficiencia y facilitar su función moralizadora en la sociedad".

Mariscal José Félix Estigarribia.

Resurgimiento de Francia

Comentarios sobre la situación de Francia fueron hechos por la Radio del Vaticano. "Las naciones no mueren", declaró el locutor, repitiendo las palabras del Papa Benedicto XV. Ese es el consuelo de Francia.

Pero la que desaparecerá, agregó el comentarista de la radio citada, es la Francia no cristiana, la Francia de la francmasonería y anteclerical, la Francia del "birth control" y de la lujuria.

La Francia de San Luis, Santa Juana de Arco y Santa Teresita, seguirá viviendo. La Francia genuina nunca podrá morir.

La Francia crucificada encontrará, a través de su sufrimiento, su verdadera misión, la cual es ser, en todas partes, el campeón de la causa de Cristo.

El locutor de la Radio del Vaticano rindió tributo al clero de Francia por todo lo que éste ha sufrido a través de las penurias que su patria ha experimentado.

Obispos y sacerdotes han dado extraordinarias pruebas de su amor y sacrificio personal, no sólo impartiendo los consuelos de la Religión, sino también con la asistencia material prestada a las autoridades civiles, a los soldados y sus familias y a los refugiados.

El Cardenal Lienart, Obispo de Lille, ha permanecido en su puesto. Y por su calma y coraje ha merecido generales alabanzas.

Inmediatamente después del Mariscal Petain, el Arzobispo de Burdeos habló al pueblo, animándolo a luchar por un nuevo orden de cosas.

Santiago de Chile

De: "La Verdad"

Máximas árabes

I. Los hombres tienen una ventaja sobre los animales: la palabra. Pero si las palabras no son discretas, es preferible el animal al hombre.

II. Tenemos dos ojos, dos oídos y nada más que una boca; lo cual quiere decir que debemos escuchar dos veces y hablar lo menos posible.

III. El que se detiene a oír los ladridos de los perros, no llega nunca al fin de la jornada.

IV. Obedece a la conciencia propia antes que a la opinión ajena.

V. Cuando veas en tierra a tu enemigo, acuérdate de que tú puedes caer.

VI. Más vale perro fiel que amigo falso.

VII. Más noble es la independencia mise-

rable que la esclavitud dorada o la opulencia debida a protección ajena.

VIII. Para llegar al colmo de la sabiduría es preciso no comer demasiado, no dormir demasiado y no hablar demasiado.

IX. La ira empieza en locura y termina en arrepentimiento. No sigas jamás los impulsos de la ira.

X. La fuerza no consiste en derribar al enemigo al suelo, sino en dominar la cólera.

XI. No empieces nunca de segunda parte sin haber comenzado la primera; sin orden no hay conjunto armónico.

XII. Si quieres adquirir autoridad, sé complaciente.

De la Juventud

La antigüedad fué la juventud del mundo.

La juventud es sueño que deleita; la vejez, vigila que incomoda.

La juventud es el prefacio de la vida; leedlo cuando concluyáis la otra y quedaréis admirados.

La juventud mira la vida como propiedad, la vejez, como usufructo.

La juventud es la estación de los deseos violentos; la vejez es la calma que sucede a la tempestad.

La vejez calcula mucho y ejecuta poco; la

juventud es más ejecutiva que deliberativa.

La juventud mira adelante; la vejez, atrás.

La juventud es democrata; las vejez, conservadora.

Los jóvenes presumen mucho porque saben poco.

El pudor del alma y el rubor de la cara son

en la juventud dos hermosísimas piedras preciosas.

Sufre privaciones en la juventud, si quieres tener regalos en la vejez.

Se pierde el viejo por no poder, y el joven por no saber.



LECTOR ESPIRITUAL

Una revista norteamericana realizó una encuesta entre sus lectores, preguntándoles:

Qué libro le ha prestado mayor servicio en su vida?

Entre las respuestas se publica ésta:

"Los libros que mejores servicios me han prestado en mi vida, han sido el de cocina de mi madre y el de cheques de mi padre".

VALOR DE LA PIÑA COMO FRUTA

Esta fruta tiene un principio activo parecido a la pepsina, la **bromelina**, el cual digiere las proteínas y 300 veces su peso en carne; por esto a los individuos de digestión pesada les conviene el jugo de piña. Este fermento es inestable a más de 70 grados centígrados. Es reconocido el valor pectoral de los jugos, su poder preventivo de las afecciones rito-faríngeas y lo útil que es para limpiar las falsas membranas producidas por la difteria. Es la piña, además, fuente de las vitaminas A, B, C y D; rica en sales de hierro calcio, manganeso, cobre y fósforo.



De los Libros

Un libro es un amigo condescendiente, a quien se llama y se deja cuando uno quiere.

Un libro es un legado precioso que su autor deja al género humano.

El mejor compañero para pasar agradablemente el tiempo es un buen libro.

La compañía de los libros suple con gran ventaja la compañía de los hombres.

Un libro es una carta a todos los amigos desconocidos que hay en el mundo.

EL USO DEL NUMERO 7

El número 7 es usado en la Biblia como número simbólico y místico; también lo era entre las principales naciones de la antigüedad, como los Persas, los Egipcios, los Griegos, los Romanos, etc.

La creación del mundo tuvo lugar en 7 días; cada 7 años era el año Sabático.

7 son los colores del arco-iris.

7 fueron los sabios de Grecia: Blas, Cleobulo, Chilo, Pitico, Periandro, Solón y Thale.

7 las maravillas del mundo: Las pirámides de Egipto, la tumba Mausoleo Rey de Ciria, el templo de Diana en Efeso, los muros y los jardines colgantes de Babilonia, el coloso de Rodas, la estatua de Júpiter Olimpia en Ellis, gran escultura en marfil y oro, hecha por Phidias, el faro de Alejandría, edificado por orden de Filadelfo 280 años antes de Jesucristo consistía en una enorme torre de mármol blanco, que podía ser vista a una distancia de más de 100 millas.

Debe estimarse en mucho el libro que dió gran reputación a su autor, y al autor que supo adquirirla con un solo libro.

Si no todos los pensamientos de un libro deben la vida a su autor, le deben a lo menos las galas de su vestido.

Hay un libro donde sólo el genio logra leer sin tropiezos: este libro es el de la Naturaleza.

Si queréis un monumento fúnebre indestructible, depositad el alma en un buen libro.

DE LA PACIENCIA

La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce.

La paciencia es un vaso en que se recogen todas las virtudes.

La paciencia es la llave de la alegría, como la precipitación lo es del arrepentimiento.

La paciencia es el valor de la virtud.

La paciencia es un tesoro encubierto.

El primer paso para el gozo es la paciencia.

La prudencia no tiene mejor compañera que la paciencia.

Con paciencia y perseverancia todo se alcanza.

La paciencia obtiene muchas veces de los hombres lo que éstos pensaban conocer.

La falta de paciencia agrava nuestros males en vez de remediarlos; quien sufre sin paciencia, sufre doblemente.

DE LAS MODAS

La moda es una soberana, cuyas órdenes no admiten oposición: sus fantasías son leyes; sus caprichos, oráculos.

La moda es una deidad bárbara a la cual hasta las madres inmolan a sus hijas.

La moda, ídolo de las mujeres, no deja de serlo también de los hombres.

La moda lo reglamenta todo; hasta los Gobiernos de las naciones le están subordinados.

La autoridad de la moda es tan absoluta que nos obliga a ser ridículos so pena de parecerlo.

Los tributos más gravosos son los que nos imponen la vanidad y la moda.

Un ramo de flores es el más delicado y fino de los regalos. Es también casi el único que se admite entre gentes que tienen poca o casi ninguna relación entre sí.

Recetas de Cocina

Galletitas con miel de abejas

Se hace una pasta con 200 gramos de harina, 100 gramos de azúcar, 100 gramos de mantequilla, 50 gramos de frutas cristalizadas y picadas finamente, y una cucharadita de vainilla; con esta pasta se hace una pelota y se deja reposar una hora en un lugar fresco, luego se extiende con el bolillo en la tabla de amasar enharinada, que quede bien delgada, luego se cortan unas ruedas con un vaso o con un molde de cortar pastas y se van colocando en cazolejas untadas de grasa, se asan en el horno caliente durante 5 minutos hasta que queden de un bonito color dorado, se retiran del horno, se dejan enfriar bien y entonces se le pone una a una miel de abejas y se tapa con otra y se van colocando en un platón. También se pueden rellenar con jalea de frutas o crema de mantequilla.

Arroz con calamares

Se prepara una cebolla y un chile dul-

ce cortadas en tiritas; se lava muy bien una libra de arroz, en una cacerola se echan 3 cucharadas de aceite y 3 dientes de ajos pelados y majados y se fríen, cuando están dorados se sacan y entonces se echa el arroz bien escurrido, se le echa un poquito de sal se fríe un buen rato dándole vueltas, a medio tostarse se le echa la cebolla y el chile y se continúa dándole vueltas hasta que el arroz esté suelto sin dorarse, luego se le echa agua hirviendo suficiente, hasta tapar el arroz y se le echa una cajita de calamares de una buena marca, ojalá españoles, y una latita de petit pois o alverjas bien tiernas y frescas cocinadas anticipadamente en agua con sal y una cebolla, y un tomate pelado y sin semillas, se mezcla bien y se prueba para saber si está de buen gusto y se deja cocinar hasta que se haya casi secado el agua y haga bombitas, entonces se tapa, se deja hervir un poco más y se disminuye la corriente hasta que se vea el arroz bien reventado.

La inapetencia de los niños

Es natural que las madres deseen que sus niños tengan buen apetito. Según el doctor A. Capper, de Filadelfia, Estados Unidos, que trató la inapetencia de los niños en un artículo publicado en las revistas "Medical Times (Tiempos Médicos) y "Long Island Medical Journal" (Diario Médico de Long Island, EE. UU.): "Si el niño puede comer no puede estar tan enfermo. La madre corriente vive en la duda de que el niño cuyo peso va aumentando de día en día es el más sano, cuando en realidad el niño que crece con tanta rapidez está más expuesto al raquitismo o suavización de los huesos y a que le sobrevengan muchas otras calamidades. Además, por lo general todas las madres quieren ver a su niño grande y gordo. El gran tamaño o estatura ha llegado a considerarse señal de buena salud y resistencia a las enfermedades, y en realidad no lo es, el tamaño y la salud son elementos separados y distintos de la vida.

No debemos olvidar esos casos de anorexia o pérdida del apetito imaginaria en que la madre imagina que el niño no está comiendo lo suficiente; cree que a la edad de 2 años debiera comer tanto como a la edad de un año, cuando más bien debiera hacer menos comidas al día a medida que crece y corren los años. No podemos esperar que un niño haga 3 comidas al día además de la botella y media de leche al día que tomaba cuando tenía un año.

Lo que resulta de forzar el niño a co-

mer más de lo necesario es que probablemente se acumulan excesivos residuos en el cuerpo. Lo que sucede al niño que atiborrado por su afectuosa madre debido a que no tiene cierto peso, siempre se siente cansado y se resfría con facilidad debido a los residuos atosigados en su organismo.

Cuando el niño tiene apetito tiene un caudal en caja y es natural que su madre esté ansiosa los días que no tiene apetito. Los especialistas en puericultura aconsejan a las madres dejar a sus niños saltar 1 o 2 comidas y cuiden de que su intestino se evacue con regularidad. La alimentación forzada hace al niño aborrecer la comida y verla con repugnancia cuando es la vista de una comida apetitosa y bien servida la que provoca el "apetito mental", por describirlo así y lo hace comer.

Dejar a un niño medio día o un día entero sin comer, no le hará daño; más bien recobrará el apetito.

La Buena Prensa

"Es voluntad del Papa que todos los católicos, y en particular cada uno de los sacerdotes y de los religiosos, lo mismo que los conventos, colegios, asociaciones parroquiales y todas las instituciones piadosas consideren como un deber favorecer el desarrollo de la Buena Prensa, ya presentándole su adhesión, ya aprovechando cuantas ocasiones se les presenten para recomendarla..."

Benedicto XV

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central, Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el invierno,
en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Capas impermeables

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

Hay una gran cantidad de gente que se queja a voz en cuello de la medicina, afirmando que es ésta la más atrasada de todas las ciencias. "La cirugía sí está adelantada —dicen;— pero lo que es la clínica..." Lo que no hacen nunca es reconocer que, para cada conquista realizada por la medicina para curar, el hombre civilizado inventa veinte recursos nuevos para destruirse. Recién cuando sufren las consecuencias de sus desarreglos y el dolor físico les martiriza se acuerdan de la medicina para culparla de su atraso. Pretenden remedios providenciales que curen instantáneamente dolencias que son el resultado de largos procesos ocultos, con la misma facilidad con que el cirujano extirpa el miembro o el órgano dañado. Y su máxima pretensión consiste en que ese medicamento milagroso cure radicalmente el mal, para poder reanudar la vida desordenada que han llevado y que determinó la crisis.

La medicina no es ni puede ser otra cosa que un auxiliar de la naturaleza para el restablecimiento de la salud. Y su eficacia será tanto mayor cuanto leve sea la afección o más pronto se recurra al auxilio de la ciencia. La persona que advertida de que su organismo no anda bien por algún síntoma o trastorno persevera en el error de un régimen de vida anti-natural y destructor no tiene derecho a protestar contra "el atraso en que está la medicina", sino más bien a recapacitar sobre "lo avanzado" que está el mal que ella misma se proporcionó.

Uno de los elementos que constituyen lo que con orgullo califica la humanidad de "civilización moderna" es el refinamiento y el artifi-

cio en la comida, amén de otros placeres tan generalizados como nocivos: las bebidas alcohólicas, con las que se hacen extravagantes mezcolanzas de mortífera toxicidad, el tabaco, y muchos otros.

En la remota antigüedad bíblica los hombres ancianaban edades prodigiosamente avanzadas (ejemplo de ello el venerable Matusalén), sin que se tenga noticia de que padeciera tantas y tan complicadas dolencias como los que "disfrutamos de la civilización moderna". Y la muerte de aquellos seres era natural, indolora, como el apagarse paulatino de la luz de una bujía. Pero ellos tomaban los alimentos también naturalmente, tal como se los proporcionaba la naturaleza, sin alambicamientos de laboratorio. Comían para satisfacer su apetito y bebían agua clara para apagar su sed. El hombre moderno, en cambio, come y bebe para matarse prematuramente, y eso no puede ocurrir sin que el sufrimiento físico le precipite su fin.

Dr. M. Alvarez.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER
Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del
Carmen

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR
Apartado 493 — Teléfono 2131